DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE NOBLES ARTES

DE SAN FERNANDO,

en la recepcion pública

DE

DON NICOLAS GATO DE LEMA,

EL DIA 4 DE DICIEMBRE DE 1859.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle de la Madera, núm. 8.
1859.

4.

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE NOBLES ARTES

DE SAN FERNANDO,

en la recepcion pública

DE

DON NICOLAS GATO DE LEMA.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA
calle de la Madera baja, número 8.
1859.

DISCURSO

DE

DON NICOLAS GATO DE LEMA.

Señores:

En este dia, para mí tan solemne, cuando llego sin méritos al santuario de las artes, para recibir las nobles insignias que me ha otorgado vuestra benevolencia, siento por la primera vez en mi vida carecer de las altas dotes de erudicion y elocuencia que subliman á los ingenios más afortunados, para mostrarme agradecido á vuestros favores. Mas como no es dado al hombre cambiar su manera de ser, ni alterar en un momento los hábitos de toda su vida, harto comprenderéis, Señores, que no puede expresarse con facilidad y elegancia por medio de la pluma el que sólo está acostumbrado á hacerlo modestamente por medio del pincel. Humilde será por tanto la ofrenda que os presente, al cumplir el primero de los deberes que me impone la alta honra que me habeis dispensado; si bien me anima la consoladora esperanza de que os ha de parecer aceptable, porque la indulgencia ha sido siempre compañera del verdadero saber.

Si á éste sólo atendiera, Señores, fuérame en verdad muy difícil hallar asunto á propósito para este discurso. Porque ¿sobre qué puntos del arte ó de su historia necesitaréis vosotros ser ilustrados? Ni ¿qué pudiera yo decir aquí, donde se reunen tantas eminencias artísticas y literarias, que tuviese para vosotros novedad ó interes alguno? En la seguridad, pues, de que todo os es igualmente conocido, no habria para mí preferencia en la eleccion del asunto. Hay uno, sin embargo, que por la índole de mis pobres estudios, exige de mí particular predileccion; no pudiendo causaros maravilla que en ocasion tan solemne procure tambien fijar en él mis inciertas miradas. Aludo, Señores, al *paisaje:* á ese ramo de la pintura que tiene á su cargo reproducir las más bellas escenas de la naturaleza, y que han elevado á tanta altura los artistas modernos. Hablaré, pues, del paisaje, considerándolo en su importancia, en sus aplicaciones, y sobre todo en el gran desarrollo que ha alcanzado en nuestros dias.

En el asunto de que voy á hablaros, la historia no nos suministra abundantes noticias; ofrécenos, sin embargo, iluminada por la antorcha de la filosofía, algunos vestigios, por donde podemos descubrir sus remotos orígenes, reconociendo en la índole especial de la cultura de cada pueblo las razones fundamentales que se oponen á la existencia del paisaje, ó impulsan su natural desarrollo. No busqueis, Señores, esta manera de pintura en la India ni en el Egipto, cuna y primera morada de la antigua civilizacion del mundo. Allí donde la naturaleza no alcanza á despertar la contemplacion de

sus innumerables bellezas; donde domina en toda idea religiosa y moral, como en toda obra artística, la representacion simbólica de las fuerzas de la Divinidad y de la creacion, allí la naturaleza inanimada desaparece ante la divinizacion absurda y grosera de la naturaleza animal: degenerada ya la primitiva idea del símbolo, no es posible ni áun la iniciacion del sentimiento dulce y apacible que lleva al hombre á gozar del espectáculo de la naturaleza, de la cual viene á ser al propio tiempo admirador y rey. Ni pidamos tampoco á la Grecia, á esa nacion civilizadora que trasformó todas las ideas de la India y del Egipto para convertirlas en universal provecho de la humanidad, la imitacion de que me propongo hablaros. Grecia, á diferencia de la India y del Egipto, diviniza al hombre elevándolo hasta el cielo: la forma humana fué, en consecuencia, el bello ideal que debió idealizar, y que idealizó en efecto el arte, de los griegos. Por todo esto se explica que desde que Apolodoro abrió el gran libro de la pintura, y continuaron sus páginas Zéuxis de Heraclea, su rival Parrasio, y sus dignos émulos, Timanto de Sámos y Apéles de Cos, hasta algun tiempo despues, no nos ofrezca el paisaje brillantes muestras del talento de estos grandes ingenios. Estudiaban en cambio tan insignes artistas al hombre, idealizándolo en la representacion de los dioses, semidioses y héroes, tarea tan principal en los orígenes del arte, que sólo cuando empieza á decaer aquella envidiada cultura, llega á ser objeto de sus trabajos la representacion de los hechos memorables.

Fué, pues, el paisaje casi desconocido en la antigüe-

dad griega; mas no sucedió lo mismo en la romana, donde, no sólo Plinio nos habla de los frescos ejecutados por Ludio, pintor del tiempo de Augusto (*a*), sino que el nunca bien ponderado Vitruvio, cuyo precioso libro *De Architectura* sirve hoy á los arqueólogos de guía y catecismo para penetrar en los secretos de la antigüedad, nos dejó tambien indudable testimonio de que no habia sido el paisaje extraño á la civilizacion romana. Cuando este insigne escritor, á quien la erudicion moderna ha colocado con harto fundamento entre los clásicos latinos, trata *De ratione pingendi parietis*, decia: «*Pinguntur enim portus, promontoria, littora,* »*flumina, fontes, euripi, fana, luci, montes, pecora, pas-* »*tores*, etc. (*b*);» donde claramente se manifiestan los esfuerzos hechos por las artes romanas en el cultivo del paisaje. Y así debia suceder forzosamente; porque cuando, abrumados bajo el peso de su grandeza, ó cansados más bien y hartos ya de aquella dominacion que los habia hecho señores del mundo, salian los romanos de la ciudad eterna para buscar en la vida del campo el esparcimiento que no podian encontrar en el foro ni en el campo de Marte, sólo en sus magníficas y apacibles quintas de Pompeya y de Herculano, de Benevento y de Túsculo, hallaban el ambicionado solaz que anhelaba su espíritu, recitando los inmortales versos de Virgilio. Las *Geórgicas* del cantor de Enéas, y los frescos milagrosamente conservados bajo la destructora lava del Vesubio, pregonan al par con las frecuentes alusiones de Cice-

(*a*) Guevara, *Com. de la pintura*, pág. 48.
(*b*) Lib. VII, cap. VI.

ron y de Columela, hasta dónde llegó el singular empeño con que manifestó la pintura romana su predileccion á la naturaleza, probando así que, áun bajo este punto de vista, debia ser considerada aquella civilizacion como inequívoco preludio del nuevo reino anunciado por los profetas, las sibilas y los vates gentiles.

Cuando el cristianismo vino á comunicar al mundo ese espíritu civilizador que infundió á cuanto existia en derredor suyo, y adonde quiera que llegaron el aroma de su fragancia exquisita y los resplandores de su luz clarísima, sintieron las artes este soplo vivificador de nueva vida, y muy especialmente la pintura. Entónces, sucediendo al reinado de la materia el del espíritu, se ofreció al arte una esfera inmensa en que ejercitar su actividad. Pero precisamente la religion, que fué causa de este desarrollo, fué tambien el objeto á que se consagraron las artes, como nos lo enseña la arquitectura en esos grandiosos monumentos, encargados de trasmitir á las edades venideras las grandes creaciones de la fe y la pintura en las obras más importantes que de aquellos tiempos nos han quedado. Por eso el paisaje no alcanzó grande importancia en esa época, en que la representacion de Dios, de sus santos y de los grandes hechos del cristianismo era objeto de las imperfectas obras del arte. Mas si no le fué dado lograr entónces cumplido desarrollo, como no lo tuvieron tampoco las letras ni las ciencias; vista la naturaleza bajo todas sus relaciones como obra del Criador, y recobrada por el hombre la corona de que le habian despojado su prevaricacion y soberbia, era imposible que dejase de intere-

sar al ánimo el vario espectáculo de su ruda grandeza en la contemplacion de la vida solitaria, y áun en las mismas escenas que simbolizan los altos misterios del dogma. Las representaciones del sangriento drama del *Calvario*, de la *Aparicion del Salvador á la Magdalena*, de la *Oracion de Jesus en el monte de las Olivas*, del *Milagro del Pan y los Peces*, y de otros muchos pasajes de la vida de Jesucristo y de los apóstoles, ofrecieron una y otra vez á los artistas de la edad media oportuna ocasion de ensayar aquel linaje de pintura, dándonos por otra parte una triste idea del lastimoso estado á que habia descendido el noble arte que debia recibir nuevo aliento de manos de un Giotto y de un Cimabúe, de un Ghirlandajo y de un Perugino. Numerosos son en verdad los monumentos que atestiguan lo que intentó ser el paisaje en la edad media. La biblioteca del Escorial guarda notabilísimos códices, tales como el nunca bien ponderado de las *Cántigas del Rey Sabio*, y el del *Apocalipsi de S. Juan Evangelista*, donde nos es dado formalizar su estudio. El arte ha vuelto á su primera cuna: los términos, los tonos, las proporciones, los efectos de la luz, todo es allí desconocido; pero en cambio todo está hecho con admirable esmero; todo revela el grande amor con que se contempla é imita la naturaleza; todo en su exagerada nimiedad está manifestando al verdadero filósofo que encuentra allí reconcentrada, en la aspiracion y en la idea, la vida futura del paisaje; y todo, en fin, nos muestra que, léjos de ser antipática ó repugnante á la civilizacion cristiana la representacion de la naturaleza, la admitia y prohijaba en

toda ocasion, preparando el gran desarrollo que iba á obtener la pintura del paisaje en los tiempos modernos.

Comenzó á recogerse este fruto al asomar el siglo XVI. Ya hácia el fin del XV se habian hecho, como queda indicado, algunos ensayos felices. Perugino lo empleaba en sus composiciones religiosas, y poco despues seguian su ejemplo con fortuna Leonardo de Vinci, Rafael de Urbino, Ticiano Vecelli y Aníbal Caracci, que fueron sin duda alguna eminentes paisajistas en muchas de sus inmortales creaciones. Pero el apogeo del arte en este interesante ramo y en la época á que nos referimos, estaba reservado al Poussino y á Claudio Gelée, de los cuales el primero procuró legar á la posteridad el profundo estudio que habia hecho de la arquitectura griega y romana: de modo, que sus paisajes pueden llamarse histórico-monumentales, porque rara vez dejó de enriquecerlos con los preciados tesoros que la antigüedad le dió á manos llenas.

Séanos permitido á los que desde léjos y en muy humilde esfera ambicionamos seguir las huellas de tan grandes maestros, tributar aquí el homenaje de nuestra admiracion á estos nombres ilustres, y saludar con respeto á la dichosa ciudad de Lorena, que en su quinta de Chamagne vió nacer al hombre que con su privilegiado ingenio y su indisputable talento habia de inaugurar una nueva era para el paisaje, y señalar á los amantes de este género del arte el camino por donde habian de dirigirse en busca de la verdad y de la belleza. Porque ¿quién ha sabido apoderarse como él de esas fantásticas y dudosas tintas con que baña la tierra el astro de la

mañana, al derramar en ella sus primeros resplandores; ó retratar esas campiñas inundadas por torrentes de claridad en la mitad del dia, ó esa indecisa y melancólica luz con que la noche anuncia su venida á la caida de las serenas y apacibles tardes del otoño?

Imposible parece, Señores, que á este eminente artista, y á los que despues de él continuaron cultivando el paisaje con tan brillante éxito, sucediese luégo una época de tan dolorosa decadencia. ¡Contraste singular el que forman Poussino y Gelée en Francia, Dughet y Salvator Rosa en Italia, Rúbens, Van-Uden (*a*), Wilders, Van-Artois, Hobema, Bril, Momper y Téniers en Flándes; Buisdael, Wouwermans y Boht en Holanda; Agrícola en Alemania, y tantos otros grandes pintores, con los que despues de ellos hicieron descender el paisaje á una esfera, donde el mal gusto, la incorreccion y la absoluta falta de ingenio y de inspiracion artística dominaron hasta el punto de hacerlo insoportable! ¿Quién no ha visto más de una vez las pirámides y las bolas que quieren representar los árboles y sus copas, las monótonas perspectivas en que se coloca á esos mismos árboles perfectamente recortados, y esos fondos de pálido verdor, donde el espectador, no sólo no experimenta el sentimiento de lo bello, sino que repugna instintivamente aquella raquítica representacion, destinada á empobrecer y afear lo que es rico y hermoso en sí mismo, como lo es siempre la naturaleza bajo todos sus aspectos?

(*a*) Rúbens se valió de este autor para que pintase fondos apaisados en muchas de sus obras.

Pero este fenómeno, hijo de la decadencia en que se precipitan las artes y las letras desde mediados del siglo XVII, no tenía solamente lugar en las naciones extrañas. Cultivada la pintura en el suelo español con la fortuna que nos muestran las tablas de Vargas y Morales, Juan de Juanes y Pacheco, elevábase en manos de un Rivera y un Velazquez, de un Zurbarán y un Murillo, á su mayor altura, excitando la admiracion y áun la envidia de los demas pueblos. Todos estos grandes artistas cultivaron el paisaje; en sus lienzos existian reunidos todos los géneros, así como en los dramas de Calderon existian en singular maridaje el apólogo y la oda, el epigrama y la sátira, reflejando el carácter de la civilizacion española. Grandes en todo, brillaron tambien Velazquez y Murillo como cultivadores de la pintura del paisaje; y en la inimitable *Rendicion de Breda* (a), en la *Vista de la última fuente del Jardin de la Isla del Real Sitio de Aranjuez* (b), *San Antonio Abad*, y *San Pablo primer Ermitaño*, y en los retratos ecuestres del primero, que estudiamos y admiramos hoy en el Museo Real; en los celebérrimos *Medios puntos* del segundo, que posee esta docta Academia; en sus magníficos lienzos de los *Milagros de las Aguas* y *del Pan y los Peces*, que guarda cual joyas de alto precio la Caridad Sevillana, hallamos con profundo respeto y dulce placer vencidos todos los obstáculos, descifrados todos los misterios, y alcanzados to-

(a) Por ser conocidísimos estos cuadros y los demas que se hallan en el Real Museo, no citamos el número respectivo que en el Catálogo los distingue.

(b) Trasladada hoy al paseo del Campo del Moro.

dos los prodigios que debian realizarse con más decidida deliberacion en el paisaje moderno. Conságranse á su estudio, y cultivando bajo las alas de aquellos grandes pintores, un Iriarte, un Mazo, un Collantes, un Antolinez y otros muchos ingenios de menor fuerza el paisaje, parece vivir en el suelo de la Península por algun tiempo con vida propia; pero llegado el fatal instante en que empieza á eclipsarse el astro de nuestro poderío, y con él la estrella de nuestras letras y de nuestras artes, oscurécese de pronto la luz que lo habia iluminado, y por espacio de más de un siglo apénas ofrece el ingenio español muestra alguna digna de alabanza, y capaz de recordar los prodigios de Velazquez y de Murillo.

Reservado estaba á la edad moderna dar nueva vida al paisaje, revistiéndole de los encantos que hoy admiramos en él, y elevándolo á un grado de perfeccion tal, como no habian conocido los tiempos anteriores. Bien puede asegurarse (porque los hechos dan testimonio de esta verdad) que al cabo de tantos siglos de existencia, la naturaleza no habia sido retratada con la exactitud que lo es hoy dia. Los paisajistas contemporáneos son, puede decirse así, los que han descubierto esos magníficos bosques, esas pintorescas llanuras, esos lagos serenos, esos horizontes remotos, hasta ahora ignorados para el arte por tantos siglos como cuenta el mundo. No parece sino que tambien la pintura ha buscado, como el hombre, en el espectáculo de la naturaleza el reposo de la agitada vida del mundo, y que descansa el espíritu, fatigado por sus grandes emociones, en las sencillas y tiernas escenas de la vida campestre.

La sociedad moderna contribuye con decidido empeño á impulsar este movimiento. La aficion á decorar las habitaciones con paisajes, ya al fresco ó al temple, ya en lienzos de grandes ó de pequeñas dimensiones, crece cada dia hasta el punto de que apénas se hallará una regularmente decorada, en que el paisaje no ocupe su lugar. No poco ha servido para generalizar esta aficion el uso de las acuarelas, de los álbums (*a*), y hasta de las litografías, aplicado á este género de pintura. Es sobre todo notable el adelanto que se ha hecho en estos dibujos de pequeñas dimensiones. Antiguamente, es decir, desde el siglo VIII, exornaban los códices miniaturas pequeñas, hechas con la imperfeccion que es consiguiente al nacimiento de un arte tan difícil; hoy, un reducido lienzo, una pequeña acuarela, un simple dibujo, pueden encerrar páginas llenas de filosofía y de sentimientos, que producen en el alma tan dulces y profundas emociones como un inmenso cuadro donde el artista despliegue gran lujo de composicion.

Y, forzoso es confesarlo, Señores, esta predileccion con que se mira al paisaje en la sociedad moderna, no es infundada; tiene su razon de ser, y una razon muy sólida y profunda, en la misma organizacion del hombre: porque al paso que son muy pocas las personas capaces de comprender todo el mérito histórico, filosófico y artístico de un gran cuadro de composicion, en que á las veces el espectador pretende hallar impropiedades y defectos donde

(*a*) Los hay en Lóndres, que cada uno de ellos forma una galería de los primeros artistas modernos, y encerrando en tan poco volúmen tesoros de gran valor.

no hay sino profundo estudio del asunto y exacta representacion de sus detalles; todos están dispuestos á sentir las bellezas del paisaje, porque todos han sentido alguna vez, y recuerdan siempre con dulce afecto, las escenas de la vida campestre. Propio es en efecto de nuestra organizacion amar la naturaleza, y recrearnos con la vista de los árboles y de las flores, de los montes y de los valles, en cuya presencia respira el alma con esa expansion á que no le es dado entregarse en medio del tráfago mundanal y encerrada en el recinto de las ciudades.

Imaginad un asunto que sirva de materia á un paisaje, y cualquiera que él sea, si su ejecucion es perfecta, la impresion que produce en el ánimo del espectador es siempre viva y profunda. Trasladaos con vuestra imaginacion á un solitario valle, de cuyas riberas se alzan pintorescas y verdes montañas que tocan al cielo, y en cuya falda apénas se distingue alguna silenciosa cabaña ó algun humano viviente; ó elegid más bien la alegre y pintoresca campiña, esmaltada de flores, sombreada por la arboleda, poblada de pintorescos caseríos, imágen de la naturaleza animada, donde todo sonrie y halaga los sentidos. Elevaos con la inspiracion del arte á los últimos límites de la naturaleza creada, á las inaccesibles é imponentes rocas que sirven de corona á las más altas montañas, donde ni asienta el hombre su planta, ni la vegetacion florece, ni osan siquiera llegar las aves con su majestuoso vuelo; ó descended más bien hasta las amenas playas que baña una mar tranquila, surcada por multitud de ligeros botes. Tomad, en fin, vuestro asunto en la tempestad con su sombrío é imponente celaje, ó en el

hermoso dia de primavera con su fresco y sereno ambiente, ó en la estacion canicular que envuelve en una sonrosada atmósfera todo cuanto os rodea; y cualquiera que sea de estos asuntos el que hayais elegido, siempre hallaréis en el corazon del espectador una cuerda que responda al efecto que querais producir, ya sea éste el de la tristeza inspirada por el valle, ya el de la alegría que causa la campiña, ya el del terror á la vista de la escarpada peña, ya el de la dulzura en la plácida ribera, ya, en fin, el de cualquiera otro de los sentimientos que causa en el hombre la naturaleza bajo sus diferentes aspectos.

Para producir estos sorprendentes efectos, el paisajista moderno ha elevado el arte á la altura de una ciencia, la ciencia de lo *bello;* y, merced al conocimiento de sus luminosos principios, se eleva á las regiones de la idealizacion, y exorna y armoniza lo que ofrece á sus ojos el gran teatro de la naturaleza; no emprendiendo nunca una obra verdaderamente artística, sin haber meditado y combinado su ejecucion en su conjunto y en sus detalles, en lo principal y en lo accesorio, en lo sustancial y en los accidentes. El paisajista moderno no se contenta con copiar y retratar la montaña, la arboleda, la cascada, el fondo del país ó el horizonte, á la ventura y sin consultar las reglas del *buen gusto;* sino que imprime unidad al conjunto, hace brotar de él un pensamiento, y procura que haya en su ejecucion esa frescura imperceptible, ese reposo campestre, esa armonía serena, esa belleza que se siente mejor que se explica, pero cuyos secretos enseñan al par la intuicion y la práctica del arte

y el estudio de la naturaleza. Ni ha de ser éste solo el objeto de sus tareas; pues la reproduccion de los árboles y de las flores exige á su vez particular estudio, sin el cual sólo pudieran ser reproducidos de un modo grosero é imperfecto: y la representacion de los animales lo reclama con mayor razon. ¿Cómo, si no, sabria un pintor trasladar al lienzo el rápido vuelo del pajarillo que cruza el espacio, el gracioso movimiento del ave que juguetea en el estanque, el tardo buey recostado en la verde pradera, el corderillo que corre presuroso en pos de su madre, la cabra que roe los pámpanos y los arbustos, el caballo que da su crin á los vientos, ó el perro que, ya sigue fiel los pasos de su amo, ya guarda con severo continente el rebaño que le está confiado? Y observaré, Señores, con este motivo, cuán unánime es entre los pintores, así antiguos como modernos, la práctica de dar cabida en sus composiciones, para amenizarlas con ellos, á estos que pudiéramos llamar humildes compañeros del hombre, con los cuales comparte muchas veces la tristeza de su soledad, y que constituyen lo que se llama la naturaleza animada.

Y vuelvo á decirlo, Señores: los artistas modernos son los que han levantado el paisaje á la altura en que lo vemos, así por el grande estudio y esmero que se pone en la interpretacion de la naturaleza, como por el colorido y por la conclusion de los cuadros. No pretendo negar á los antiguos la gloria que de derecho les pertenece como maestros y como predecesores en tan difícil arte; pero es lo cierto que no fueron tan generales en sus composiciones, y que, pagando tributo á su época y siguiendo

sus exigencias, dieron á sus cuadros un efecto de oscuro excesivamente recargado, que quita al paisaje la diafanidad, y le priva de ese hermoso ambiente que parece respirarse á su vista, cuando las sombras no lo oscurecen demasiado: por lo que no se encuentra en ellos, aunque admirablemente tocados, y á veces con un colorido encantador, esa verdad, esa frescura, esa belleza poética que hemos admirado recientemente en las exposiciones de Francia, de Inglaterra, de Bélgica, de los Países-Bajos y de Prusia, cuyas naciones, en especial la Gran Bretaña, han llegado en sus sorprendentes aguadas á un punto, del que parece imposible pasar. ¡Qué bien comprendida está la naturaleza de estos cuadros! ¡Qué verdad en el aire interpuesto! ¡Qué lontananzas tan admirables! Qué efectos de luz tan encantadores! ¿Quién pudiera negar esta preeminencia al paisaje moderno, si ha tenido ocasion de conocer en el extranjero las grandes obras que en nuestros dias produce la inspirada imaginacion de algunos eminentes artistas?

Tal es y tan prodigioso, Señores, el vuelo que ha tomado este ramo del arte, que se le ve florecer simultáneamente y á porfía en las principales naciones de Europa. Id á la vecina Francia, y allí encontraréis á Troyon, á quien no dudo apellidar el maestro de los maestros, y admiraréis extasiados sus cielos que no tienen rival. Sólo su cuadro de los *Bueyes que van á la labor*, magnífica expresion de poesía pastoril, con su diáfano ambiente de la mañana y sus plantas esmaltadas de rocío, iluminado por la luz del sol que despunta por el Oriente, bastaria á haber levantado su reputacion á la altura en que se en-

cuentra. Allí veréis tambien los cuadros de Madlle. Rosa Bonheur, que pinta los animales con la verdad y la maestría que testifica la *Siega del heno;* los de Leon Belly, autor de un bellísimo paisaje de *Efecto de otoño en el crepúsculo;* los de Blanchard, Cheret, Bellel, Flers y Lambinet.

Trasladaos luégo á Inglaterra, y allí teneis á Holland, á Lee, á Linnell, á Poole, á Roberts, á Bennett, á Callow, á Duncan, á Stamfield, á Robins, á W. Hunt, á Jutsumh, á Ward y á Landseer. No intentaré citar los cuadros notables de estos pintores, porque os molestaria demasiado; pero no puedo resistir al deseo de recordar una *Vista de Rotterdam*, de Holland; otra del *Gran canal de Venecia*, por Roberts; el *Fuerte de Tilbury*, de Stamfield; un *Camino en las montañas* y la *Galles del Norte*, de Linnell; una *Puesta del sol*, de Duncan; las preciosas acuarelas de Callow, y los animales de Landseer. ¿Quién es capaz de señalar aquí las bellezas por que brilla en particular cada uno de estos grandes artistas? Fuera de que es forzoso reconocer que la Inglaterra imprime á todas sus producciones un sello de grandeza, de originalidad, que las distingue de todos los demas países. Con gusto pago aquí un tributo de justicia á ese gran pueblo, proclamando que sus cuadros son altamente dignos de estudio, y nos ofrecen constante ocasion de admirar, ya su magnífica expresion, ya el estudio filosófico de los asuntos, ya el buen gusto en la ejecucion, ya, en fin, la bizarría y la desenvoltura con que pintan, y extremada delicadeza con que concluyen, sus obras.

Mas allá de Inglaterra vemos tambien brillar el paisaje en las heladas regiones de Noruega. La exposicion uni-

versal de Paris nos ofreció ocasion de admirar, entre otros cuadros, uno de Gude representando unas *Montañas de la provincia de Bergen*, en que hay rica y bien entendida entonacion, hermoso efecto de luz, gran fuerza de verdad y una expresion de dulcísima y deliciosa poesía; y á la par con éste, otro paisaje lleno de gracia y muy bien estudiado, de Frich, representando un *Valle de montañas* y un *Bosque de pinos*, y otra preciosa *Vista de las inmediaciones de Christiania* (*a*), de Müller.

Si nos alejamos de los climas del Norte para buscar en el centro de Europa los progresos del paisaje, admiraremos en Prusia los inmejorables países de A. Achembach, cuyo cuadro de las *Costas de Sicilia en un dia de tempestad* es de un efecto sorprendente; á Hildebrandt, autor de otro magnífico cuadro que representa el *Invierno;* al Conde de Kalckreuth, de quien se conoce una preciosa *Vista de Seculejo*, en los altos Pirineos (*b*); á Leu, á Pape, á Michelis, á Porttmann, Schmidt, Schulten, y otros cuyos países son en extremo notables, particularmente unas *vistas de la Noruega*, del primero, y un *Bosque de pinos*, del segundo: cuadro éste último, más allá del cual no se concibe llevar la expresion de la verdad y de la belleza por medio del pincel. Hallamos tambien en Bélgica á Luis Winter, autor de algunos deliciosos paisajes, entre los cuales merece mencionarse *Una postura del sol;* á Fourmois, autor de un *Efecto de mañana* no ménos bello; á Van-Schendel, que entre otros cuadros ha pintado una encantadora *Vista de Rotterdam* con efecto

(*a*) Noruega.

(*b*) Cerca de Bagnères de Luchon.

de luna; á Roelofs, autor de otra magnífica *Vista de las Ardenas;* veremos en los Países-Bajos los hermosos cuadros de Bilders; el *Otoño* y el *Invierno*, de Koekkoek; la *Vista de un puerto de Holanda*, de Waldorp; un *Vendabal en la costa de Scheveningue*, de Meyer, y otros. Por último, la Suiza nos pondrá de manifiesto los países de Butler, entre ellos la *Vista del Rhin*, en los Alpes, y el *Lago de los cuatro cantones*, ejecutado bajo diversos puntos de vista por Calame y Ulrich; una *Mañana de Otoño*, de Castan, y otros muchos que omito mencionar.

En medio del prodigioso desarrollo que ha tomado el paisaje, se presenta como una de sus más bellas formas la *acuarela*, desconocida hasta nuestros dias, y llevada al más alto grado de perfeccion por la Inglaterra, donde con el auxilio del papel y colores de Newmans, se hacen prodigios de verdad y de poesía en cuadros de reducidas dimensiones, de que puede formarse una galería en las hojas de cada álbum. Este precioso descubrimiento es uno de los que con más justo motivo pueden envanecer á los artistas de la presente época, porque con él se ha creado un nuevo y especialísimo género de pintura, que facilita su propagacion y su adquisicion, y que no tiene rival en lo moderno; porque ni lo es ni puede serlo la fotografía, puesto que ni existe ni puede existir rivalidad entre dos cosas de índole absolutamente distinta, y que léjos de contrariarse ni excluirse, es la una el más poderoso auxilio de la otra. Y, en efecto, Señores, la sublime invencion de fijar de un modo permanente la reflexion de los rayos luminosos, representando la imágen del objeto reflectante, en primer lugar, está fuera de la

esfera de las bellas artes, porque corresponde á la de las ciencias; y en segundo, léjos de serles contraria, ha venido, por lo que respecta á la pintura, á robustecer los sólidos fundamentos en que se apoyaba, demostrando que por medio de la convergencia de las líneas y la graduacion de las tintas se representa en una superficie lo que en realidad tiene bulto, tiene profundidad, y existe á diferentes distancias. Esto se sabía; esto teóricamente se explicaba hasta el punto de que practicándolo, se conseguian los apetecidos resultados; pero la fotografía ha dicho á la pintura: «sigue procediendo con entera »seguridad en todas tus operaciones, porque lo mismo »que tú procede la naturaleza.» El pintor tiene este mayor y mejor criterio de verdad, debido á los adelantos prácticos de las ciencias físicas, que por otra parte en nada contraría el vuelo de su imaginacion, la facultad de robar á la misma naturaleza el momento más precioso de su variable belleza, ni de trasladar al lienzo ó al papel lo que está fuera del órden material, la idea, el sentimiento, la ilimitada modificacion de los afectos, y hasta lo imaginativo y fantástico. No existe, pues, esa rivalidad que vulgarmente se supone; y sí, por el contrario, resalta entre la fotografía y la pintura la completa armonía, la fraternidad que no puede ménos de encontrarse entre todos los ramos del saber humano, como vástagos que son de un mismo tronco, de la infinita Sabiduría.

El paisaje, Señores, no es sólo en nuestros dias un objeto de recreo; es además un arte de útiles y necesarias aplicaciones á la historia, á la literatura y á algunas profesiones sociales: y fuera harto prolija nuestra tarea

si tratásemos de enumerar aquí todas y cada una de ellas. Bástenos recordar que él es quien nos da á conocer multitud de monumentos, ciudades y regiones, ya antiguas, ya modernas, de que sin él no formaríamos jamas idea; que en él tiene su más poderoso auxiliar el arte dramático, porque de él reciben animacion y vida gran parte de sus escenas; y que él es el compañero inseparable del ingeniero civil, militar y de montes, exigiéndose su conocimiento como indispensable en otras carreras.

Hé aquí, Señores, por lo que he dicho al comenzar este discurso, y repito al terminarlo, que el paisaje ha alcanzado en nuestros dias una importancia que no ha tenido en tiempos anteriores, y un interes que ponen de manifiesto sus variadas formas, su continuo uso y sus frecuentes aplicaciones. Si algo se necesitase aún para justificar este interes y esta importancia, os citaria las cátedras de paisaje que se han fundado en España, ya á costa del Gobierno, ya en establecimientos privados, donde constituye un ramo especial de la enseñanza, encomendada en algunos de ellos á hábiles y entendidos profesores.

Cuando esta enseñanza, cuya difusion es moderna entre nosotros, haya llegado á formar un considerable número de discípulos, entónces nuestro hermoso y pintoresco suelo, cuyas bellezas permanecen en gran parte ignoradas, ofrecerá á los nuevos artistas materia inagotable de estudio y de inspiracion para sus obras; y España podrá presentar á las demas naciones en sus galerías de paisajes, á la vez que una rica muestra de los tesoros que ha prodigado en ella la naturaleza, una bri-

llante escuela de paisajistas, á cuya cabeza figurarán los pocos, pero respetables nombres, que la ilustraron en este ramo y que de todos vosotros son conocidos. Por lo que á nosotros toca, ya que lo humilde de nuestras tareas no nos permita aspirar por nosotros mismos á tener parte en tan gloriosa empresa, nos cabrá al ménos de hoy en adelante la honra de unir nuestro oscuro nombre al de una Corporacion que marcha á la cabeza de los progresos artísticos, y á la que de derecho corresponde la iniciativa y la direccion superior en este género de obras. Es verdad que esta honra lleva consigo grandes deberes, y que nuestras fuerzas son harto débiles para cumplirlos; pero lo que de fuerza nos faltare, lo suplirá el celo por vuestra gloria, el amor á vuestro nombre, y más que todo la profunda gratitud por las bondades que me habeis dispensado en este dia, cuyo recuerdo quedará indeleblemente grabado en mi corazon.

CONTESTACION

POR EL

Excmo. Sr. MARQUÉS DE MOLINS,

INDIVIDUO DE NÚMERO.

Más hace, Señores, de cinco lustros (*a*) que se celebraba en este mismo sitio una de aquellas ceremonias que marcan como las olimpiadas de las artes, y que se imprimen hondamente en la memoria de quien las contempla.

«Era, Señores, aquel dia en que, sentada la justicia entre nos-»otros (segun el elocuente dicho de Jovellanos), coronaba con »una mano á los tiernos atletas, que habian lidiado más diestra-»mente en el certámen de aplicacion y de ingenio, y con otra les »señalaba la senda por donde debian caminar á la perfeccion (*b*).»

Mas no la justicia solamente, en su ordinaria representacion, cumplia entónces su augusto ministerio, no; el Soberano mismo, con el aparato más imponente de la majestad absoluta, venía (por primera vez en los fastos de la Academia) á poner el laurel sobre la frente del ingenio; y á su lado una Princesa (*c*) que los poetas todos habian cantado, que los artistas en vano habian querido retratar, que habia abierto las puertas de la patria á

(*a*) Junta pública de 27 de marzo de 1832.

(*b*) Elogio de las Bellas Artes.

(*c*) La Reina Doña María Cristina de Borbon.

cien proscritos, y los templos de la ciencia á millares de alumnos, galardonaba á los vencedores en las artes con la prez que estimula más á la juventud, que no el lauro y los tesoros, con la hechicera sonrisa de la belleza.

Y como si tantas circunstancias no bastaran á suspender la mente embebecida de unos, y á exaltar la fogosa imaginacion de otros, dos fuerzas, por decirlo así sobrehumanas, levantaban los ánimos y aceleraban el impulso de los corazones: la muerte con pavorosos presagios; la esperanza con dulcísimos ensueños.

Y así era la verdad, Señores; que aquel Monarca, último que entre nosotros ha ejercido el poder absoluto de los Cárlos y Felipes, llevaba ya en la frente el sello del emplazamiento éterno; y á nadie se ocultaba que su hinchada y trémula mano sostenia por última vez la balanza de justicia, y que sus sienes calenturientas hubieran marchitado las coronas que á los imberbes y animosos alumnos repartia. Y por un contraste singular, el apacible semblante de su bella compañera; las nuevas cucardas tricolores de la revolucionada Francia y de la naciente Bélgica, que cual capullos aquí y allí brillaban; el fogoso entusiasmo de la apiñada juventud, que penetraba atropelladamente por entre los dorados escaños de los magnates, parece como que daban á todos en rostro con aquel aroma de tierra mojada, que orea los campos, con aquella frescura balsámica, que traen consigo las auras, inmediatamente ántes que descarguen las tormentosas lluvias de la primavera.

Ni faltaba allí la armonía de cantores sublimes; que los poetas, esos ruiseñores de la inteligencia, que cantan siempre en el crepúsculo de la civilizacion de los pueblos; que presagian, como las aves del cielo, si bien por superior y casi divino instinto, la aurora de la ciencia y la explosion de las tempestades; los vates, digo, llenaban estas bóvedas de sus mágicos concen-

tos, y preocupaban con sus vaticinios los corazones. Uno de ellos, liberal, descendiente de los insignes Condestables de Castilla, y Duque y Embajador á su vez, se atrevia á apostrofar así al dueño absoluto de vidas y haciendas:

Cuando los senos de la tumba oscuros,
Reyes, que humilde el universo honora,
Para siempre habiteis en leve polvo,
Sólo las obras del ingenio os podrán inmortalizar;
Porque fecundo
El genio de las artes bienhechoras
Es de la fama voz, lengua del mundo.

Otro poeta, hijo de la clase media, aunque cortesano encanecido en los palacios, volvia sus ojos, ya casi privados de la luz, hácia los nuevos laureados; y con voz cascada y débil, como la del mismo Soberano, les decia que aquel que

No siente en sí la inspiracion secreta,
Ni será artista, ni nació poeta.

Dejadme, Señores, que admire aquí un momento las vicisitudes y mudanzas de los tiempos, los inescrutables decretos de la Providencia, las pasmosas peripecias de la historia. Al frente de aquellos alumnos, premiados por Fernando VII, estaban Colomér, Ponciano y Rivera: es decir, el arquitecto, el escultor y el pintor que habian de levantar y adornar el Congreso de los Representantes del pueblo sobre unas ruinas, carbonizadas todavía entónces desde la invasion de los cien mil hijos de San Luis (*a*). Aquella Princesa, cuya sonrisa hacia brotar como flores las esperanzas de los repúblicos y el entusiasmo de los artistas, hoy paladea el amargo fruto del desengaño en la ciudad santa, en

(*a*) El actual edificio del Congreso está levantado donde antes el convento del Espíritu Santo, cuya iglesia fué incendiada en 1823 en ocasion que el Duque de Angulema, general en jefe del ejército invasor, oia misa en ella.

donde las ruinas son eternas, y las esperanzas infalibles: y el jóven que por primera vez en su vida alzaba en público la voz, y mandaba á estos inmortales lienzos torrentes de ajena armonía (*a*), es el mismo que, cascado ya por los sucesos, más aún que por los años, toma hoy vuestro nombre, y pretende en propia y desaliñada prosa dar la bienvenida al distinguido compañero á quien llamais entre vosotros.

Éste, sin embargo, en la época á que me refiero, no pertenecia á la república de las artes; más aún, ni siquiera en la vasta y luminosa extension de éstas, ni siquiera en la jurisdiccion académica estaba deslindada la parte del *paisaje*, que ha dado á Don Nicolás Gato de Lema carta de ciudadanía y título digno y asiento envidiable á vuestro lado. Con todo, ya en aquella circunstancia uno de los preclaros poetas que he citado, el Duque de Frias, habia hecho del paisaje encomio sublime, diciendo que veia en la campiña de Breda

Al golpe diestro de pincel valiente,
Entre humo denso y nebuloso cielo,
Cimas alzadas del lejano monte
Cerrando el horizonte;

Y el otro poeta, Arriaza, añade que

El mismo sol se asombra
De no poder dar luz al campo oscuro
Que condenó el pincel á eterna sombra.

Pero no adelantemos el órden de las ideas, y sigamos más bien al nuevo Académico en el erudito razonamiento con que acaba de probar cuán digno es del puesto á que le llamaron vuestros sufragios.

Al hacerlo, no me propongo contradecirle ó enmendarle: esto

(*a*) En la sesion pública de 1832, á que nos referimos, no pudo el Excmo. Sr. Duque de Frias leer la oda que habia compuesto, y lo hizo en su ausencia el autor de este escrito.

no lo pudiera intentar mi afecto, ni realizar aquello mi insuficiencia; sino que más bien me alejaré primero de su argumento hasta colocarme en el punto de vista filosófico, y dirigiré luégo á una sola parte de su vasto diseño, la historia del paisaje en España, mi atencion y la vuestra; bien así como el que despues de admirar el conjunto de un cuadro maestro, se retira algunos pasos, ahueca la mano, recoge con ella los rayos de luz, y observa más particular y cuidadosamente un lado sólo del extenso lienzo.

Permitidme, Señores, por tanto, que ni vuelva la vista á las edades índica y egipcia, en que el arte no se despojó del carácter simbólico, ni me detenga en las épocas griega y romana, en que el estudio de la humana belleza en su parte material parece como que lo domina y absorbe todo.

Yo me complazco, lo confieso, en ver que, así como el orbe de las criaturas nace allá ántes del orígen de los tiempos, al solo *fiat* de su Criador, así las artes españolas nacen á la parte acá de la Cruz, á la voz sublime del Evangelio. Verdad es que la naturaleza apareció en la era paradisíaca completa y perfecta, y que el arte nació en esta otra era de gracia, rudo y deforme: es que lo uno era la obra del Criador, y lo otro de la criatura; que es cosa fácil y bella crecer y perfeccionarse bajo el imperio de la inocencia y del poder; y por el contrario, empresa difícil y trabajosa desarrollarse y corregirse desde el estado de abatimiento y de miseria. Fué lo primero obra de omnipotencia, y lo segundo de reparacion: á lo uno bastaba la bondad Divina en su inmensidad; para lo otro habia de concurrir el albedrío humano, libre sí, pero falible, imperfecto y caduco.

En efecto, Señores, vosotros lo sabeis, bajo el primer informe edificio de España, donde se alzó una plegaria acepta al Dios humanado, nacieron juntas las artes todas españolas, la de gobierno y la de legislacion, la poesía y la música, la pintura

donde las ruinas son eternas, y las esperanzas infalibles: y el jóven que por primera vez en su vida alzaba en público la voz, y mandaba á estos inmortales lienzos torrentes de ajena armonía (*a*), es el mismo que, cascado ya por los sucesos, más aún que por los años, toma hoy vuestro nombre, y pretende en propia y desaliñada prosa dar la bienvenida al distinguido compañero á quien llamais entre vosotros.

Éste, sin embargo, en la época á que me refiero, no pertenecia á la república de las artes; más aún, ni siquiera en la vasta y luminosa extension de éstas, ni siquiera en la jurisdiccion académica estaba deslindada la parte del *paisaje*, que ha dado á Don Nicolás Gato de Lema carta de ciudadanía y título digno y asiento envidiable á vuestro lado. Con todo, ya en aquella circunstancia uno de los preclaros poetas que he citado, el Duque de Frias, habia hecho del paisaje encomio sublime, diciendo que veia en la campiña de Breda

Al golpe diestro de pincel valiente,
Entre humo denso y nebuloso cielo,
Cimas alzadas del lejano monte
Cerrando el horizonte;

Y el otro poeta, Arriaza, añade que

El mismo sol se asombra
De no poder dar luz al campo oscuro
Que condenó el pincel á eterna sombra.

Pero no adelantemos el órden de las ideas, y sigamos más bien al nuevo Académico en el erudito razonamiento con que acaba de probar cuán digno es del puesto á que le llamaron vuestros sufragios.

Al hacerlo, no me propongo contradecirle ó enmendarle: esto

(*a*) En la sesion pública de 1832, á que nos referimos, no pudo el Excmo. Sr. Duque de Frias leer la oda que habia compuesto, y lo hizo en su ausencia el autor de este escrito.

no lo pudiera intentar mi afecto, ni realizar aquello mi insuficiencia; sino que más bien me alejaré primero de su argumento hasta colocarme en el punto de vista filosófico, y dirigiré luégo á una sola parte de su vasto diseño, la historia del paisaje en España, mi atencion y la vuestra; bien así como el que despues de admirar el conjunto de un cuadro maestro, se retira algunos pasos, ahueca la mano, recoge con ella los rayos de luz, y observa más particular y cuidadosamente un lado sólo del extenso lienzo.

Permitidme, Señores, por tanto, que ni vuelva la vista á las edades índica y egipcia, en que el arte no se despojó del carácter simbólico, ni me detenga en las épocas griega y romana, en que el estudio de la humana belleza en su parte material parece como que lo domina y absorbe todo.

Yo me complazco, lo confieso, en ver que, así como el orbe de las criaturas nace allá ántes del orígen de los tiempos, al solo *fiat* de su Criador, así las artes españolas nacen á la parte acá de la Cruz, á la voz sublime del Evangelio. Verdad es que la naturaleza apareció en la era paradisíaca completa y perfecta, y que el arte nació en esta otra era de gracia, rudo y deforme: es que lo uno era la obra del Criador, y lo otro de la criatura; que es cosa fácil y bella crecer y perfeccionarse bajo el imperio de la inocencia y del poder; y por el contrario, empresa difícil y trabajosa desarrollarse y corregirse desde el estado de abatimiento y de miseria. Fué lo primero obra de omnipotencia, y lo segundo de reparacion: á lo uno bastaba la bondad Divina en su inmensidad; para lo otro habia de concurrir el albedrío humano, libre sí, pero falible, imperfecto y caduco.

En efecto, Señores, vosotros lo sabeis, bajo el primer informe edificio de España, donde se alzó una plegaria acepta al Dios humanado, nacieron juntas las artes todas españolas, la de gobierno y la de legislacion, la poesía y la música, la pintura

y la escultura, la elocuencia y hasta la dramática. ¡Oh noble, oh grande arquitectura, que en la era de gracia, en la edad moderna, hiciste con tus bóvedas oficio de firmamento, para que bajo ellas naciesen á la voz de la caridad y de la fe tantas maravillas, y para que se repitiese en el mundo intelectual el portento de la creacion!

A medida que esta arte matriz fué creciendo; al paso que fueron elevándose lenta y majestuosamente hácia el cielo sus pilares, como las palmas del desierto, fueron tambien las otras artes robusteciéndose á su sombra. Hízose el imperio más justo, la legislacion más razonable, la poesía más sublime, la música más rica; adquirió fuerza la elocuencia, influjo el drama; y (despidiéndonos de aquí adelante de estos ramos del saber humano), ¿cómo no ver que, al crecer nuestras basílicas de los siglos XIII, XIV y XV, la escultura da esbeltez á sus formas y grandiosidad á sus ropajes, la pintura agracia las proporciones del cuerpo humano, y alcanza más armonía en sus grupos, mayor verdad en sus tintas, más sentimiento en sus asuntos?

Al propio tiempo los otros ramos del dibujo germinaban (si es lícito decirlo así) en todas sus distintas aplicaciones: el histórico en los retablos; el que hoy se llama *de género ó de costumbres*, y áun de *caricaturas*, en las iniciales, orlas y adornos de los libros de coro; el mismo de paisaje en los códices y devocionarios, los cuales con *su exagerada nimiedad*, como dice el nuevo Académico, *mostraban que no era antipática á la civilizacion cristiana la representacion de la naturaleza.* Sin embargo, las artes todas no habian dejado aún el amoroso regazo de la Iglesia, y en ella estaba la verdadera pintura (si prescindimos de la labor de los iluminadores) limitada á reproducir la figura humana sin términos, sin campo y sin ambiente.

Bien así como la humanidad misma ántes del acto del Génesis existia sólo en la mente de Dios: inmortal sí, en su espíritu,

porque habia de ser emanacion de la Divinidad misma; bella en su materia, porque habia con la plenitud de los tiempos de dar templo y vestidura al Verbo encarnado; pero aislada, sola y envuelta por do quiera en la esencia de Dios; del mismo modo la figura humana, en los frescos y en los encaustos antiguos, aparece bella si se quiere y áun expresiva, pero rodeada sólo del oro de los retablos ó del azul estrellado de las bóvedas.

De pronto suena por do quiera la voz de Dios, como si pronunciase de nuevo para las artes aquel antiguo precepto de crecer y multiplicarse y llenar la tierra: á su eco salen del Santuario emancipadas, como las aves del arca salvadora; la figura humana campea en medio de las bellezas de la creacion; á sus piés se extienden alfombras de verdura esmaltadas de flores; las fieras lamen sus plantas, y los bosques le dan sombra, y los mares y las empinadas sierras limitan sólo sus apartados horizontes.

Esta voz divina, que renueva el antiguo portento, ¿necesitaré decirlo? es la imprenta: ella resuena en todas partes, halla eco en todas las naciones, propaga todos los conocimientos, hiere todas las inteligencias, difunde la ilustracion, comunica el buen gusto; y de una y otra nacen naturalmente á principios del siglo xvi, ya la mayor aplicacion del arte pictórico á otros objetos que al ornato de los templos, ya la fuerza y lozanía de muchos ramos, que, como hemos dicho, germinaban ocultos en los manuscritos, ya la prepotencia, en fin, de la pintura histórica, heróica, de retratos, de costumbres, de países.

Muchos son los que acusan á esta época de haber dado orígen á la escuela inconsideradamente naturalista, y se lamentan de ello. No seré yo quien disculpe el exceso en este punto; yo, que tengo por rudeza del arte el convertirlo en mero instrumento para la enunciacion simbólica de dogmas sagrados, tengo por impiedad que rebaje los misterios y asuntos divinos hasta servir de pretexto para la copia servil de la materia. Hacer del

arte casi mera escritura jeroglífica, es poquedad indigna de artistas; pero atreverse con él á materializar, sólo con una sensual expresion, las cosas santas, si no es sacrilegio indigno de hombres, es por lo ménos error impropio de cristianos.

Con todo, ni Jorge Inglés, ni Antonio del Rincon, ni pintor alguno de los que ya florecian en España al terminar el siglo XV, merecen esta censura; su hábil gratitud nos legó en verdad los preciosos retratos del Marqués de Santillana y de los Reyes Católicos; pero nos los dejaron tales como fueron aquellos insignes personajes: allegados al Santuario, reverentes, piadosos, adornados sólo con los atavíos de su respectiva dignidad. No se propasaron aquellos maestros, como otros, á entrometer á sus Mecénas en el tabernáculo, y á disfrazarlos con el manto y el nimbo de la santidad; ni ménos buscaron con impío naturalismo en las tahonas y encrucijadas, ó en otros sitios ménos honestos, modelos para representarnos á la Vírgen de las Vírgenes, á la Madre inmaculada del Verbo Eterno.

Estos artistas fueron tambien los primeros en España, á lo que yo creo, que, arrancando las figuras humanas del fondo dorado de los retablos, hicieron entrar el paisaje como accesorio en sus composiciones. Verdad es que sus vistas carecen de perspectiva, como sus figuras de movimiento; pero no hay que pedir más á la infancia del arte, tímido y como pudoroso por su propia inexperiencia. Eran además aquellos los tiempos en que la centellante mirada del adalid se ocultaba bajo el casco, y la púdica sonrisa de la enamorada no pasaba el antifaz. ¿Qué mucho que anduviera el pincel inexperto, y que recatara los sentimientos mismos que le movian?

Llegamos ya al fausto siglo XVI, época grande, en que por primera vez se pudieron grabar en un mismo escudo del alcázar imperial de Toledo las invencibles torres de Castilla y las peregrinantes barras de Aragon: era feliz en que pudo ofrecerse en

la antigua basílica de Recaredo el oro de América y del Darro, y la seda cultivada por manos cristianas para los ornamentos católicos, ya al abrigo de los muros de Orán, ya en las risueñas vegas del feracísimo Genil. ¡Momento afortunado en que se concentra la soberanía, y se irradia y se divide la ilustracion! ¡en que el valor español lleva allende los Alpes el brillo del acero del Gran Capitan, y reporta en cambio las tablas de Rafael y los lienzos de Ticiano!

Acumúlanse, pues, á la sazon en España las dotes y excelencias de todas las escuelas de Italia; y repartiéndose luégo en las diversas provincias de nuestra península, dan orígen y riqueza á dinastías de artistas. Con la correccion y sentimiento del arte romano, con la grandiosidad y elegancia del florentino, con el vivo color y mágico ambiente del veneciano, se forman á porfía las várias escuelas de nuestra patria, entre las cuales, tres solas me permitiréis citar, la de Toledo, la de Sevilla y la de Valencia.

Un mismo carácter las distingue; mejor dicho, un solo espíritu las anima: y esto no es de admirar á la verdad; ántes bien se me hace extraña la extrañeza con que algunos críticos lo notan. Aquel espíritu es, Señores, el mismo que guió á Alfonso VI hasta Toledo, á Jaime I hasta Valencia, á San Fernando y á Isabel hasta las risueñas corrientes del Guadalquivir y del Darro: es el espíritu español, es el espíritu religioso. Sin embargo, los grandes fundadores de aquellas tres escuelas matrices no lo profesaron de una manera apocada, como sus predecesores de España; ni lo profanaron, como sus maestros de Italia, con indecorosas mezclas del paganismo; ántes bien, arrebatados por el magnífico espectáculo de la naturaleza, colocaron frecuentemente sus asuntos sagrados en medio de risueñas campiñas y de floridos valles; y rara vez, casi nunca, se dedicaron á pintar las fábulas politeistas, que no conmovian su ánimo, y que su piedad, no ménos que su razon, repugnaban.

Ya en aquel tiempo el ilustre sevillano Luis de Vargas, de venerable memoria, se granjeaba el título de *El Jacob de la pintura*, porque su amor y su posesion le costaron siete años, y otros siete, no ya de estudio y aprendizaje en Italia, sino de amarguísima emigracion y de dura servidumbre en casa de un dueño como Perino del Vaga, que explotaba el talento de sus discípulos, ménos en pro de su honra, que de su caudal. Pero al cabo de tan larga prueba, torna Vargas á las orillas del Guadalquivir, poseedor, ó más bien esposo de aquella arte agraciada y pura que tanto amaba; y entónces no encierra ya su amor en los estrechos tabernáculos del tiempo antiguo, sino que lo saca al aire libre, lo establece en fondos extensos, y allí le da grandiosidad y movimiento. Nuevo Miguel Ángel, se atreve á reproducir el tremendo dia del juicio final (*a*); y valientes escorzos y frescos admirables salen del inspirado pincel del devoto artista, patriarca en verdad de aquella escuela sevillana, cuya descendencia, hoy es, y áun llena el mundo con sus inimitables maravillas.

Miéntras esto acontecia junto al antiguo alcázar de Alfonso el Sábio y Pedro el Justiciero, igual fenómeno se observaba en la ciudad de Alfonso el Magnánimo y Pedro el Ceremonioso: en Valencia el jóven y devoto Juan de Juanes (ó si se quiere Vicente Macip) renuncia

Al campo venturoso,
Donde con bella corriente
Guadalavïar undoso,
Dejando el suelo abundoso,
Da tributo al mar potente;

y con igual propósito que su contemporáneo Vargas, pasa á Italia, si no á recibir los preceptos orales del pintor de Galatea,

(*a*) Pintado al fresco en el patio de la casa de la Misericordia en Sevilla.

Rafael, por lo ménos á seguir tan de cerca sus máximas, que pudiera la posteridad tomarle por discípulo suyo muy aventajado. De allí trajo la admirable correccion del dibujo, la expresion filosófica de los afectos y el agrupamiento clásico de las figuras; pero no pudo traer, ni fueron aprendidas, sino inspiradas, la pureza ideal y sobrehumana de sus Vírgenes, la amabilísima y verdaderamente divina majestad de sus Salvadores. Inspiradas, sí, y no por el sensual entusiasmo del corazon, sino por el místico arrobamiento del alma.

Vargas veia las sombras de sus escorzos en el secreto de sus maceraciones y penitencias, que luégo descubrió la muerte; Juanes adivinaba la belleza de sus imágenes en la altura de la oracion, en la fuente sublime, en el banquete celestial de donde emana toda dulzura, toda belleza, toda perfeccion increadas.

Y ¿no veis claro, Señores, si contraponeis á esto el estudio que se hacia á la sazon en Italia de las voluptuosas termas de Diocleciano, del áureo palacio de Neron y de los demas monumentos gentiles recien descubiertos? y si tomais en cuenta el modo de vivir de los Médicis, de los Gonzagas y de los Farnesios, ¿no veis, digo, el motivo diferencial de la idealidad meramente humana de los italianos, y de la idealidad soberanamente ascética de los españoles de aquella época?

No hace á mi propósito ahora profundizar en esto; lo que debo, sí, decir en loor del Rafael valenciano, es que él fué quien introdujo en su escuela la pintura del paisaje: sin perspectiva, es verdad, y sin ambiente, como el de Sancio; pero quizá con más verdad y más variados accidentes. Mejor testimonio de ello que las tablas del Martirio de San Estéban (*a*) y que la Visitacion de Santa Isabel (núm. 73) que posee nuestro Museo, son el cuadro de la formacion de Adan y Eva, que se conserva en San Nicolás

(*a*) Por ser conocidísimos estos cuadros y los demas que citamos del Real Museo de Pinturas, indicamos sólo el número respectivo que los distingue en el Catálogo.

de Valencia, y cuya frescura asombraba al erudito Cean-Bermudez (*a*); la Vírgen de la Leche, que posee nuestro nuevo compañero; la Madre de Dios con Santa Inés y el venerable Agnesio, que disfruta hoy D. Francisco Peris, canónigo de Valencia; y el Bautismo del Señor, que adorna la pila sacramental de aquella misma metropolitana.

La analogía del asunto de este último cuadro con otro de que voy á hablar, me llaman de nuevo á los salones del Museo, adonde ántes nos hemos asomado de paso: venid conmigo, si os place, á uno de la escuela española; y allá en un rincon fijad la vista en una tabla, apénas de media vara de dimension, pero de inestimable precio, marcada con el número 314 del Catálogo. Trájola de Italia un jóven riojano, por trofeo y testimonio de sus estudiosas conquistas; y bien que represente, como he indicado, el Bautismo de Jesus y las extensas márgenes del Jordan, harto recuerda las pintorescas riberas del Arno y del Po, y un no sé qué del imponente curso del Ebro. Es sin duda que el monje Fr. Vicente, del monasterio de la Estrella, junto á Logroño, habia guiado los primeros pasos del artista, y que Ticiano de Vecelli habia perfeccionado luégo su instruccion. ¿Quereis saber ahora quién es este desgraciadísimo autor? Pues leed las palabras que el Fénix de nuestros ingenios, Lope de Vega, le atribuye:

No quiso el cielo que hablase,
Porque con mi entendimiento
Diese mayor sentimiento
A las cosas que pintase:
Y tanta vida las dí
Con el pincel singular,
Que como no pude hablar,
Hice que hablasen por mí.

(*a*) Diccionario histórico de los más ilustres profesores de bellas artes en España, artículo *Joanes*.

Inútil armonía! el desgraciado Juan Fernandez Navarrete, sordo-mudo desde la cuna, no podia comprenderla. Pero ¿quién mejor que él en cambio ha sentido la admirable armonía del color, la simpática consonancia de los objetos, de las tintas, de las sombras? Aprendióla en parte con el rey de los coloristas, Ticiano; y digo en parte, porque, ya al ir á la escuela véneta, llevaba el Mudo en su mente abstraida y privada de los encantos del sonido el gérmen de su sublime inspiracion; y al regresar de las lagunas del Adriático, silenciosas para todos, encontró en las riberas feraces de la Rioja su patria, en las quebradas márgenes del Tajo y del Clamores, las visuales armonías que su oido no experimentaba, pero que su hábil pincel supo trasmitir en eco misterioso y sublime.

Ved aquí, Señores, los tres fundadores del paisaje en España, Vargas, Juanes y Navarrete. La escuela de Andalucía, de Valencia y de Castilla, conquistado que hubieron por el esfuerzo de estos piadosos artistas el clasicismo de Roma, el colorido de Venecia y la grandiosidad de Florencia, lo pusieron todo al servicio de la bella y risueña naturaleza que fecundan el Bétis, el Turia y el Tajo; y áun más principalmente lo ofrecieron todo en holocausto al Autor de la naturaleza misma, al Númen eterno del genio español, á quien pudieron decir con Herrera:

Tú, Dios de nuestros padres, tú eres diestra,
salud y gloria nuestra.

Desde este momento, Señores, bien que el paisaje por sí solo no constituya (si puedo hablar así) una region aislada, una provincia independiente en el vasto imperio de la pintura española; con todo, contribuye con su riqueza y abre su territorio á las grandes glorias de nuestros maestros. Él presta la profundidad de sus grutas y la aspereza de sus yermos al pincel místico y penitente, guiado por la fe y volcanizado por la caridad. Él

franquea la anchura de sus planicies y la escabrosidad de sus colinas al que, impelido de entusiasmo bélico, revuelve en ellas los invencibles tercios españoles. Él, en fin, convida con lo delicioso de los jardines, lo florido de las campiñas, lo cerrado de los bosques y enramadas, al que, movido de más dulces afectos, recata los hurtos de amor, descansa de las fatigas de la agricultura, ó se apresta al ejercicio de la montería.

La fe, el patriotismo, el amor: hé aquí la síntesis de nuestra historia, y á la vez el triple raudal de la inspiracion española; el paisaje ha sido por él, como todo el arte, fecundizado y embellecido. Volved, si no, la vista, Señores, á la escuela valenciana, y notaréis cómo los más humildes imitadores de Juanes, su fundador, es á saber, su propio hijo, el P. Borrás, Domenech y otros, dan igual importancia que su maestro al paisaje, y mayor atencion y esmero á los detalles: cómo Rivalta, áun despues que el amor le hace desertar de los talleres de Juanes y de las márgenes del Turia, para adquirir en Italia y en los oscuros cuadros de Sebastian del Piombo ciencia y caudal con que dotar á la fiel compañera de sus amores; áun entónces, digo, no desdeña en sus más bellos lienzos el accesorio del paisaje y la fiel reproduccion de la naturaleza inanimada.

Su hijo le imita en esto; su discípulo Castañeda pinta el bello paisaje del Descanso de la Vírgen en Egipto; Francisco Zariñena, discípulo tambien de Rivalta, y sus hijos Cristóbal y Juan, dan al país la importancia que su maestro y que su modelo Ticiano. Los tres Espinosas, abuelo, hijo y nieto, siguen igual rumbo. Orrente extiende la fecundidad del pincel, que habia amaestrado en Basano, á las maravillas todas de la creacion; y su discípulo Estéban March, por el contrario, se complace en el estrago de los combates y en la polvorosa confusion de las batallas.

Ni ¿cómo pasar en silencio al Españoleto Rivera? Bien puede

Játiva, la patria de Pontífices, jactarse más de este nuevo hijo; bien puede Rivalta gloriarse de haber tenido por discípulo á quien dió luégo consejos á Velazquez; bien puede, en fin, la escuela valenciana estar ufana con un alumno que fué admiracion y pasmo del mundo.

Mendigo y opulento, libertino y asceta, enamorado y escéptico, todo lo intentó, lo avasalló todo: la crudeza de la suerte, los halagos de la fortuna, la penalidad de los viajes, los tiros de la envidia, la variedad de los estudios, los tesoros de la naturaleza; tierno como Correggio, áspero como Caravaggio, anatómico como Miguel Ángel, idealista como Rafael, naturalista como Rúbens. Llegaos, si no, al Museo; contemplad el *Sueño de Jacob* (núm. 116): yo, que en este momento soy paisajista, no me arrobaré en la angélica inmensa escala que desde la tierra penetra en los cielos; yo aguardaré que se calme la respiracion anhelosa del cansado patriarca; que se disipe su místico ensueño; que continúe su peregrinacion hácia la tierra de Haran: y áun despues de todo esto, quedará ante mi vista el gigantesco tronco que le resguardaba, la memorable y consagrada piedra en que ha reclinado su cabeza, el lugar terrible, el pavoroso Bethel, en que habia oido la voz de Dios; y la atmósfera ardiente que sólo la *Biblia* ha sabido describir, y que nadie mejor que Rivera ha logrado retratar (*a*).

El nombre de Velazquez se ha escapado, Señores, de mis labios, al seguir la marcha triunfal de nuestra pintura; y acontece con este gran rey del arte lo que con los monarcas vencedores: que cuando se presentan en sus triunfos, los ojos de todos se clavan en ellos, se van tras su persona, sin que cosa alguna magnífica ó grandiosa sea bastante á distraer nuestra vista.

(*a*) *Génesis*, cap. 28, ver. 11 y siguientes.

Rey en verdad es Velazquez; y ved aquí la clarísima dinastía de que procede. Ticiano, su fundador, que rige con el pincel, á la vez que su amigo Cárlos V con el cetro, el imperio más vasto que ha conocido la humanidad; Felipe II, hijo de éste, que alcanza en su largo reinado á los dos discípulos del Vecelio; Navarrete, mudo como la prudencia del Rey; y el Greco, que iluso descoyunta las personas y adultera los cielos, como la Inquisicion y el fanatismo del huésped del Escorial. Síguese Tristan, discípulo del Greco, honrado y piadoso como Felipe III, el Devoto, y no más feliz en la permanencia de sus obras; y Velazquez, en fin, con más motivo que su amo y padrino Felipe IV, apellidado el Grande, el Invencible, el Triunfador.

Como tal vive: ¡con cuán generosa largueza da la inmortalidad á sus amigos (núm. 81 y otros), á sus favoritos (núms. 107, 127, 128), hasta á sus bufones esclavos (núm. 245 y otros)! ¡Cómo departe amigablemente con magnates y príncipes (núms. 155, 177)! ¡Cómo conoce los pretendientes (núm. 267), y á veces sorprende por humorada ó por curiosidad los talleres de las hilanderas (núm. 335), y áun las burlescas ceremonias de los beodos (núm. 138)! ¡Cuán grande y magnánimo preside en los campos de batalla (núm. 319)! ¡Cuán piadoso se postra ante el Dios crucificado! (En la Real Academia.) ¡Cómo á las veces se encierra en la contemplacion ascética, recorriendo las ruinas del foro romano (núm. 118), ó visitando á los anacoretas del yermo en sus grutas de la Tebaida (núm. 87)! ¡Cómo distrae sus ocios en los ojeos y bosques del Pardo, apasionado, á fuer de caballero, á la hermosura y brio de los corceles! y ¡cómo, en fin, sin que criatura humana le acompañe (*a*),

(*a*) Hemos citado todos los cuadros por el número que tienen en el Catálogo del Real Museo; pero merecen especial mencion, porque son de puro paisaje y modelos en este género, el 87, que representa á S. Pablo y S. Antonio recibiendo el pan que les trae á su soledad un cuervo; el 145, que retrata la última fuente del jardin de la Isla de Aranjuez, trasladada hoy al Campo del Moro; los 101 y 102 y el 132, que con su compañero 143 son meros estudios de país.

descansa y se embebece al ruido de los saltadores de Aranjuez (núm. 145), ó en la umbría de los impenetrables montes toledanos (núm. 132)!

Bástale á la corte de España esta gloria, como á Velazquez le bastaria la de paisajista para reinar entre los pintores; porque nadie mejor que él ha conocido la mágia del aire interpuesto, la valentía del toque, la degradacion de la luz, el encanto del color, la trasparencia de las sombras, todos los secretos, en fin, que forman el imperio de la pintura.

Yo de mí sé decir, que visitando en Roma el palacio Doria, en compañía de sapientísimos profesores, vi un cuadro de nuestro paisano al lado del célebre molino de Claudio; y ni yo ni mis compañeros, aunque extranjeros, pudimos ménos de clavar los ojos en la pompa del retrato español (*a*), como al principio os dije que acontecia en los triunfos de los vencedores, sin que nos distrajera del arrobamiento, ni el plácido ambiente, ni el fragor de la cascada, que el célebre Apéles de Lorena encerró en su lienzo.

No será, pues, mucho que vosotros tambien ahora paseis sin notar el profético campo de Collantes (núm. 108), las batallas de Leonardo (núms. 210, 248), Caxés (núm. 151) y Miranda, los admirables lienzos de Carducho (*b*), los imponentes montes del Escorial (núm. 236) y los robustos puentes de Zaragoza (núm. 79), encerrados en breve espacio por el paisajista Mazo, yerno del mismo Velazquez; y mil cuadros, en fin, con los cuales puede la escuela castellana aspirar al dictado de paisista; bien que no diese á la anatomía vegetal y á la arquitectura de los jardines la importancia que Agrícola, Both y Momper (*c*).

(*a*) Retrato del papa Inocencio X, Pamphili.

(*b*) La vida de S. Bruno en más de cincuenta cuadros, existentes en el Ministerio de Fomento.

(*c*) Luis Agrícola, paisajista, nació en Ratisbona en 1667.— J. Both, nació en Utrech en 1610.—Momper, nació en Ambéres en 1580.

¿Consiste esto acaso en que los alemanes, holandeses y flamencos habian con la protesta derribado á la vez la fe en sus corazones y el adorno en sus altares? ¿Consiste en que, oprimidos por nuestros tercios, no sentian (cosa natural) el entusiasmo de Breda; en que, maltratados por sus gobernadores y capitanes, querian más pintar la naturaleza inanimada y las escenas de paz, que no retratar el sañudo rostro y los sangrientos triunfos de sus opresores? A los políticos la respuesta.

Áun mayor culto que en Castilla y Valencia se daba al arte en las Andalucías: no parece sino que Dios habia querido justificar el dictado de *Jacob de la pintura*, dado á Luis de Vargas, y que su semilla, bendita por la fe, se habia dilatado, como el polvo de la tierra, de Oriente á Occidente y del Mediodia á Septentrion, y que sus descendientes se habian multiplicado como las estrellas del firmamento.

Así era la verdad: la devocion inspiraba sus corazones; la cálida luz del nativo suelo coloraba sus lienzos; la riqueza del sacerdocio y la piedad del pueblo recompensaban sus trabajos; la elaboracion de las sargas adiestraba su ejecucion; las pacotillas de América, las expediciones de Italia y Flándes facilitaban su despacho; y cada uno, en fin, de los Roelas, Pacheco, Herrera el viejo y el mozo, Llano Valdés, Castillo, Valdés Leal, Caro, Antolinez y otros más, presidia como un patriarca antiguo á una numerosa tribu de aficionados y alumnos.

Subiendo las corrientes, primero del Bétis, y del Genil despues, extienden aquella raza de artistas en Córdoba y Granada dos hombres extraordinarios, aunque distantes entre sí más de medio siglo. Ambos profesaban á la vez la pintura, la escultura y la arquitectura; hábil el uno además en la lira, el otro en la espada; ambos eclesiásticos, y racioneros de sus catedrales. De diverso carácter en verdad, pero de igual aficion á los viajes, el cordobés hallaba en ellos nuevos amigos y discípulos; el gra-

nadino, nuevos adversarios y espadachines: siempre volvia el primero con primorosos códices y antigüedades; el segundo con mal curadas cicatrices ó incoados procesos, pero ambos con laureles artísticos: aquel tornaba á su iglesia con aumentado fervor; éste, ó se refugiaba en ella de la justicia, ó inquietaba á su cabildo con expedientes y litigios. Uno y otro bebieron en Sevilla los primeros sorbos del buen gusto. En el respeto á las grandes máximas del antiguo, muy parecidos; y en la influencia con sus sucesores, no desemejantes. Ni se alcanzaron en vida, ni se diferenciaron en influencia. Fueron estos, ya lo adivinais, Pablo de Céspedes y Alonso Cano (*a*).

Los numerosos discípulos de ambas escuelas, así como los de Sevilla, forzados á dar al fondo de sus retratos y cuadros mayor variedad, y encargados por las opulentas comunidades y los aristocráticos cabildos de perpetuar las vidas de los héroes cristianos en sendas colecciones con que se adornaban las iglesias y claustros, tuvieron por necesidad que dar más importancia al estudio de la naturaleza inanimada, y que dedicarse con mayor esmero á la copia del paisaje.

Merece entre ellos mencionarse el insigne Zurbarán, que en las vidas de San Buenaventura, San Pedro Nolasco, San Enrique, San Luis Beltran, San Jerónimo y otros, y en los claustros de las Mercedes Calzada y Descalza y de las Cartujas de Jerez y Sevilla hizo pruebas de paisajista, por lo ménos tan aventajadas como las de muchos extranjeros de aquel siglo, y preparó la aparicion del ángel de la pintura española, Murillo.

Ángel, sí: ¿quién mejor que él ha elevado hasta el cielo los suspiros, los colores, el aire, los accidentes de la tierra en que vivimos? Quién mejor que él, celeste mensajero, ha traido al mundo el fulgor increado, la armonía angélica, la vision beatí-

(*a*) Pablo de Céspedes murió en 1608; Alonso Cano habia nacido en 1601.

fica de las mansiones inmortales? Quién mejor que él ha podido dar consuelo y esperanza al afligido y al doliente, y serena fortaleza y ardiente caridad al mártir y al compasivo? Él redujo á visual impresion las inefables gracias de aquella predestinada Vírgen, que el Evangelista de Pátmos habia visto diez y seis siglos ántes vestida del sol y coronada de estrellas. Él gozó sólo de antemano el placer espiritual intenso y fervoroso que dos siglos despues sintió la cristiandad toda con el dogma definido por el oráculo del Vaticano.

Mucho me duele en verdad que, por una parte el temor de cansaros demasiado, y por otra los límites de antemano prescritos á mis observaciones, me fuercen á considerar sólo á Murillo como paisajista; pero en cambio me consuela el saber que fácilmente se explica lo que á primera vista se descubre.

Vosotros conoceis todos, y nuestro nuevo Académico ha estudiado como se merecen, muchos lienzos con que Murillo ha enriquecido el Régio Museo (núms. 276, 288), y en los cuales no hay otra cosa que peñascosos yermos y trasparentes lagos, y aire, ese aire, que nadie como el pintor de Sevilla ha sabido fijar en el lienzo. Vosotros habeis paseado sin duda por la espaciosa dehesa en que el Hijo Pródigo, junto á su inmundo rebaño, sintió los últimos remordimientos de su conciencia (*a*). Vosotros, en fin, con sólo abrir esa mampara, veréis desarrollarse las apacibles colinas de Roma, y por un doble milagro de la omnipotencia y de la pintura, cubrirse allá á lo léjos de nieve las cimas del Esquilino, y respirarse aquí cerca la abrasada atmósfera del 5 de agosto (*b*).

« ¡Oh gran Murillo! (exclamaré con Jovellanos) yo he creido en tus obras los milagros del arte y del ingenio; yo he visto en

(*a*) Este cuadro, con otros de la vida del Hijo Pródigo, existe en la galería del Sr. D. José de Salamanca.

(*b*) Los célebres medios puntos que posee la Real Academia, los cuales representan el milagro de la Vírgen de las Nieves, acaecido el 5 de Agosto.

ellas pintada la atmósfera, los átomos, el aire, el polvo, el movimiento de las aguas, y hasta el trémulo resplandor de la luz de la mañana.»

¿Cabe, Señores, hacer del paisajista un elogio mayor que el que acabais de oir, trazado por la misma pluma inmortal que escribió el *Informe de Ley Agraria?* Pues áun lo hace mayor el mismo Murillo cuando habla de un paisajista de sus tiempos, del guipuzcoano Ignacio de Iriarte, secretario de la Academia de Sevilla en mil seiscientos y tantos (*a*). «La delicadeza de las hojas de sus frondosos árboles (dice Cean Bermudez), la degradacion en los léjos, la diafanidad de las sombras, la eleccion de los terrenos, la contraposicion del claro oscuro, la hermosura de los cielos, la trasparencia de las aguas, el ambiente, y un acorde general en todas sus partes eran cualidades de Iriarte reconocidas en España y en Europa; y Murillo solia decir que Ignacio no podia dejar de pintar paises por INSPIRACION DIVINA, segun lo bien que lo hacia.»

¡Oh sencilla, justa y verdadera sentencia! ¡Oh fallo inapelable, pronunciado por la autoridad á la vez más alta y más asequible á todos, más respetada y más popular del mundo artístico! Murillo, el que para muchos pasa por modelo y prototipo de la escuela naturalista, establece, con inimitable ingenuidad, que el arte, siquiera se dedique á la imitacion de la naturaleza inanimada, no puede caminar á la perfeccion meramente por la copia servil de la materia, sino por el impulso sublime y santo que viene de lo alto, por INSPIRACION DIVINA.

He llegado, pues, al apogeo de nuestra gloria artística: desvanecido y pasmado al contemplar desde su altura la profundi-

(*a*) ¡Lástima que la mayor parte de las obras de este pintor se hallen en el extranjero, en donde son estimadas! El Real Museo sólo posee tres cuadros marcados con los números 515, 526 y 532, el último de los cuales ha merecido ser colocado en el salon de la Reina Isabel.

dad del enmarañado precipicio en que luégo se derrumbaron, no la pintura sola, sino la lengua, la ciencia, la civilizacion y la dignidad españolas, bendigo al cielo que, negándome la elocuencia de Jovellanos, me liberta tambien de afligirme y afligiros con la narracion de tan vergonzoso período.

Espectáculo más grato y consolador ofrecerian los últimos anales de nuestra historia, cuando al benigno influjo del pacífico Fernando VI y del bondadoso Cárlos III, se abren los salones de esta Real Academia, y se prepara el teatro en que habian de brillar luégo, áun como paisajistas, Goya, el volteriano creador de los caprichos, el maligno cronista de las romerías, Rivelles el escenógrafo, Villamil el de las violáceas tintas, cuyo asiento áun está vacante entre vosotros, y Ferrán, en fin, que ha dejado prematuramente el suyo al Académico que ahora os presento.

Consideraciones fáciles de apreciar me imponen silencio; pero basta la enunciacion de sus nombres, basta volver al mismo tiempo la vista atras, para conocer con cuánta razon el crítico á quien respondo ha sentado la proposicion capital de su discurso, á saber: *que el paisaje ha alcanzado en nuestros dias una importancia que no ha tenido en tiempos antiguos.*

Pero ¿consiste esto acaso, como pretenden los irreverentes detractores de lo pasado, en que nuestros grandes pintores fuesen insensibles á tales encantos de la naturaleza, ó poco diestros en reproducir sus maravillas inanimadas? No, ciertamente: desde Juanes, Vargas y Navarrete, hasta Rivera, Velazquez y Murillo, prueban lo contrario; y mis pobres razones, fuertes sólo con la verdad, os lo acreditan. ¿Vendrá la prepotencia actual del paisaje (como por el contrario alegan los mal avenidos con lo moderno) de que ya el sistema naturalista de tal manera proscribe la idealidad, que de todo punto la destierra y aniquila? Áun con mayor fuerza debemos negar esto, fundados en las obras

de tantos preclaros paisajistas que el nuevo Académico ha estudiado en sus útiles viajes, y ha referido en su nutrido discurso. Lo desmienten al par los cuadros mismos que le han valido la distincion que le dispensais, y ya poéticamente lo contradecia Arriaza en la ocasion que al principio he mencionado, cuando cantaba:

Mas no siempre el pincel sus rasgos bellos
Enluta con la guerra asoladora;
Que, fecundo á la vez, ostenta en ellos
El manto de la noche ó de la aurora;
Y el lienzo iluminado en los destellos
De la primera luz que el campo dora,
Ofrece grato, entre árboles y flores,
Danzas de ninfas, juegos de pastores.
O bien blanquea un túmulo lejano
Entre el verde cipres y el vago cielo,
Que al alma infunde un sentimiento humano,
Mezclado de ternura y desconsuelo:
La pastoral Arcadia así en Albano
De lágrimas se ve por entre el velo,
Y un recuerdo fugaz hace presente
La mal dormida pena en nuestra mente.
Porque el Supremo Autor que el orbe mueve,
Sus dones en el hombre así ha fijado,
Que no alcanza á crear la flor mas leve,
Pero sí á retratar cuanto es creado.
. . . .
. . . .
La imitacion que esta verdad exprime
Es de las artes la intencion sublime.

Tiene razon el poeta: una, como la esencia de Dios, debe ser la *intencion sublime* del arte, una la verdad, una la imitacion. Ni tiene esta más que un principio, ni se encamina más que á un fin. Sentir vivamente por superior inspiracion y por organizacion privilegiada la belleza, este es el principio. Trasmitir á los demás eficazmente estas mismas sensaciones, y levantar su ánimo

hácia el orígen altísimo de la inspiracion divina, hé aquí su fin.

Los medios son sin embargo muchos, los instrumentos multiformes, los caminos variados. El poeta, el escritor, cuentan con la imprenta; el músico y el dramático necesitan de otros artistas que les ayuden á interpretar sus propias inspiraciones, trasmitiéndolas al público; el arquitecto ve multitud de oficios, centenares de hombres, quizá generaciones enteras, desgastarse ántes de que su idea se convierta en realidad; y el escultor y el pintor, en fin (cosa rara por cierto), necesitan asimismo de un auxiliar, de un cooperador, que dé impulso prévio á la concepcion misma de su obra. ¿Cuál es? Muchos de vosotros lo sabeis; nadie, si bien lo reflexiona, podrá negarlo: este auxiliar es el prócer, el amigo, la sociedad entera, que hayan de ver la estatua y el cuadro.

Permitidme, pues, que os diga para terminar este desaliñado discurso, cómo se vivia en los tiempos antiguos, cómo vivimos en los presentes; y vosotros así conoceréis á los dos auxiliares pasado y actual que dirigen el pincel de nuestros artistas, y deduciréis despues fácilmente á cual género han de dedicarse.

El magnate español, ora acaudalado por el cúmulo de sus mayorazgos, ora indiano enriquecido por las flotas y granjerías ultramarinas, comenzaba el dia refugiándose en la capilla patrimonial, al pié del retablo que Becerra ó Montañes, Correa ó Morales habian adornado, y que sus propios blasones realzaban. Buscaba allí las inspiraciones de su conducta cuotidiana; y de hinojos sobre la losa, que de tiempo en tiempo daba entrada á una persona querida de su corazon, ofrecia á Dios y á su memoria las obras todas y los afectos de aquel dia.

Cierto que era éste compasado y monótono, empleado como el anterior y el otro precedente, ya en el servicio del Rey (que así entónces se personificaba la patria), ya en provecho y aumento de la propia hacienda; pero aquel servicio se cumplia sin

temor de inminentes cesantías, y este provecho se lograba sin afan de medros repentinos.

Alto aún el sol, congregaba á su familia á la mesa frugal y no más que aseada, bendita al principio con la invocacion de Dios, y santificada al fin con la memoria de aquellos que la muerte habia arrebatado. No se extendia luégo el paseo, *en charolado coche ultramarino*, más allá de las alamedas del pueblo nativo, ó del claustro del vecino convento, rico en pinturas edificantes; y al caer de la tarde se repetian piadosas oraciones ante una Vírgen, quizá de Juanes, en medio de fieles domésticos, *criados* en verdad, porque en la casa habian nacido, y medrado en ella como hijos de ganancia.

Al amor del gigantesco hogar, la historia de los héroes del cristianismo servia de lectura, y de conversacion el recuerdo de las campañas de Flándes y de Italia, y el de las navegaciones á las Indias. Tal vez, departiendo con su esposa, extendia su ambicion á agregar un recuerdo de aquellos hechos, ya en cuadros, ya en tapices, á la antigua vinculacion de su casa: tal vez el amor paternal inspiraba á ambos el deseo de fundar nuevo mayorazgo para su hijo menor, ó de instituir una pia memoria que diese á la vez caudal á sus descendientes, satisfaccion á su piedad, y altar y culto á la imágen de su devocion.

Cuando en fin se retiraban los dos consortes al casto lecho en que sus padres habian dormido el último sueño, y en que ellos contaban bendecir á sus hijos, ¡cuán grato les era terminar el dia como lo habian comenzado, saludar el austero continente con que Rivera pintaba el santo patrono, y dormirse bajo el estrellado manto, prestado por Murillo á la Vírgen Inmaculada!

Hoy ¡qué diferencia! Apénas abrimos los ojos, el periódico de nuestro partido nos trae la racion de odio bastante para todo el dia. Llegamos de prisa á la oficina como empleados ó como pretendientes; á la Bolsa como verdugos ó como víctimas; al Par-

lamento como actores ó como público..... y..... hé aquí el dia pasado ya.

Sin luz del sol nos sentamos á la mesa, quizá lujosamente decorada, pero desprovista de paz y escasa de alegría; comemos manjares extraños entre huéspedes extraños tambien, y nos levantamos de ella sin volver los ojos á la mano invisible que multiplica las mieses y hace germinar los racimos.

Como nuestra morada es estrecha, y nuestra familia escasa para nuestro recreo, en los cafés, en los teatros, en los casinos buscamos anchura, muchedumbre y bullicio. Y ya á deshora de la noche volvemos á nuestra casa, ahumados los vestidos, agitado el corazon, vacío el entendimiento.

No entendemos lo que quiere decir casa solar, hogar paterno, ni habitacion de verano, porque cada seis meses mudamos de vivienda, y cada año pasamos los Pirineos, los Alpes, el Atlántico quizá, sin más objeto que el andar, y lo volvemos á pasar sin más provecho que venir.

Nuestros mayores buscaban devocion y amistad, y se inscribian en las hermandades como la de Caridad, de Sevilla, ó de Cañizares, de Madrid; nosotros, no sé lo que buscamos; pero nos asociamos en los clubs y en las compañías anónimas. Su hacienda consistia en casas espaciosas y en extensas heredades; su ciencia la encerraban numerosos volúmenes; sus artes brillaban en suntuosos edificios, claustros y galerías. Hoy lo queremos llevar todo en el bolsillo; nuestro tesoro *en cartera*, nuestra ciencia *en manual*, nuestras artes *en álbum*.

Ved aquí, Señores, la causa de las colecciones antiguas y de las acuarelas modernas. ¿Quién encargará las pinturas de un claustro por devocion? Gracias si se procura un retrato al óleo por vanidad. Breda como Bailén, Lepanto como Trafalgar, no nos interesan. Lo que hicieron nuestros padres siglos atrás, ó lo ignoramos ó lo tenemos en poco; más nos agrada el sitio

donde estuvimos el verano pasado, ó la pradera en donde tendremos en primavera una partida electoral: y áun semejante cuadro lo queremos exiguo, porque ni poseemos casa donde acomodarlo, ni contamos con habitar mañana en la morada donde hoy vivimos, ni es probable que se trasmitan á nuestros hijos nuestra aficion y nuestra hacienda.

Si es esto un bien ó un mal, ni á mí toca examinarlo, ni fuera ésta ocasion oportuna: es, sí, un hecho: y partiendo de él, es obra digna, y meritoria además, valerse de lo que exige la moda hoy, para enseñar lo que será admirable y sublime siempre. Por tanto, nuestro nuevo Académico ha merecido bien de la patria y del arte, retratando en sus lienzos el espectáculo de la naturaleza, copiando sus encantos, y hasta inspirando morales sentimientos á los espectadores, ora con la vista de las elocuentes ruinas de San Juan de los Reyes (*a*), ora con la mascarilla (me atrevo á llamarla así) del palacio de Valsain: Valsain, Señores, ayer cuna de la bella y poderosa Isabel, hija de Felipe II, protectora de las artes, soberana de los Países-Bajos, que no ha podido, sin embargo, librar el techo en que nació, de ser morada de pobres serradores. Valsain, ora lo presente nuestro artista cubierto de aterida nieve, ora sirviendo de dehesa á codiciosas piaras (*b*), mejor que si lo matizase con Rioja de *amarillo jaramago*,

¡Oh fábula del tiempo! representa
Cuánta fué su grandeza y es su estrago.

Nuestra Academia cumple además un grato deber recompensando el mérito verdadero y señalando un camino nuevo al estudio y á la gloria de nuestra patria. Porque, en verdad, ninguna nacion puede amalgamar en más variados cuadros los

(*a*) Está en París.

(*b*) Estos dos cuadros los posee S. M. el Rey.

pasmosos espectáculos de la naturaleza y los altos hechos de la historia.

Nuestros artistas, copiando las fragosidades inaccesibles y los impenetrables bosques de Liébana, reproducirán la selvática feracidad de la vírgen América. En medio de la fabril Cataluña podrán hallar mejor que en Asia las rocas de Monserrat, cuyos haces de hendidas pirámides atestiguan, como la brecha de Alepo, las pavorosas revoluciones del orbe. Y luégo los extensos páramos de Aragon y Castilla les descubrirán la inmensidad imponente y los horizontes sin límite de los desiertos de Africa. Y más allá, en las risueñas comarcas de Guipúzcoa, en las apacibles rias de Galicia, no tendrán envidia á las lagunas de Holanda, ni á los célebres valles de Suiza.

Pero en medio de esta variedad, Señores, ¡qué simpáticos, qué gloriosos recuerdos despierta cada lugar! Si á los paisistas place lo enriscado de las cumbres, las nieves casi eternas, los quebrados y estrechos precipicios, en los desfiladeros del Pirineo hallarán á Roncesvalles. Si vuelven el paso hácia Occidente y siguen el curso del fragoroso Deva, por los agrios derrumbaderos de Astúrias, pronto llegarán á la sombría y veneranda gruta de Covadonga. Si, por el contrario, les agradan más las rojizas tintas del Mediodía, las extensas llanuras en que la mies ondula al soplo del ábrego como las olas del mar, yo les llevaré adonde puedan satisfacerse y pintar á lo léjos la tortuosa corriente del Genil, y el roto puente de Menjívar, y las azules cumbres de las Navas, y los plateados olivares de Bailén. Suyo será tambien, entre el verde vivísimo de los bosques de naranjos tachonados de azahar y pomas de oro, pintar la blanca choza donde hila el gusano de seda su capullo, y al par de ella las destrozadas ruinas de *Sagunto*, ó los moriscos alminares de la *Alhambra*.

Pero no sólo á la imitacion de la vária naturaleza ó al re-

cuerdo de la historia local se limitará el paisajista español, sino que á su influjo se despertarán entusiastas y religiosos afectos. ¿Quién mirará alzarse entre el Océano y el Mediterráneo ese *inmenso peñon desengonzado* (como dice nuestro dignísimo Presidente), *desengonzado de la tierra firme, y que estéril y adusto aún muestra acaso aspecto aterrador*, sin exclamar airado con el amigo de Lord Holland, el laureado y liberal Quintana:

Esos son,

Esos los que á perpétua tiranía
Condenaron el mar, los que hermanaron
Del poder la insolencia y la soberbia
Con la rapacidad y alevosía.

¿Cómo podrá el soldado español ver las almenas de Tarifa salpicadas por la sangre de Guzmán, ó las nefandas riberas del Guadalete sin que (como decia aquí mismo el ilustre Nicasio):

En santo fuego y cólera encendido
Llene de horror las playas agarenas,
Y en su tumba Tarif lance un gemido
Que haga temblar las líbicas arenas?

Yo propio (si de quien tan poco vale puede hablarse), yo propio cuando en las silenciosas tardes del verano, en el golfo de la antigua *Lucentum*, á la vista del castillo que dominó Teodomiro, veo las alineadas palmeras de mi cármen agitar misteriosamente las cimbrias ojivales que forman sus cruzadas frondes; cuando las siento como mecerse voluptuosamente al soplo de las auras estivas; yo mismo, repito, traigo á la memoria las glorias romanas, godas, árabes y católicas de mi patria; me humillo ante el Autor sublime de la naturaleza, y bendigo su omnipotente diestra, que impele en encontrados rumbos las corrientes del mar, como guia por distintas civilizaciones el progreso del hombre; y alabo en silencio al Artífice Eterno que presta vário matiz á los campos, diverso aroma á las flores, y multiplicado fruto á

las plantas, y de cuya mente sola emanan asimismo las distintas inspiraciones del ingenio y las multiformes creaciones del arte. Entónces, arrobado y extático, siento no tener á mi lado, como aquí, al ilustre Académico para decirle, imitando á Chateaubriand:

Pinta la tierra, y retratarás el cielo.
